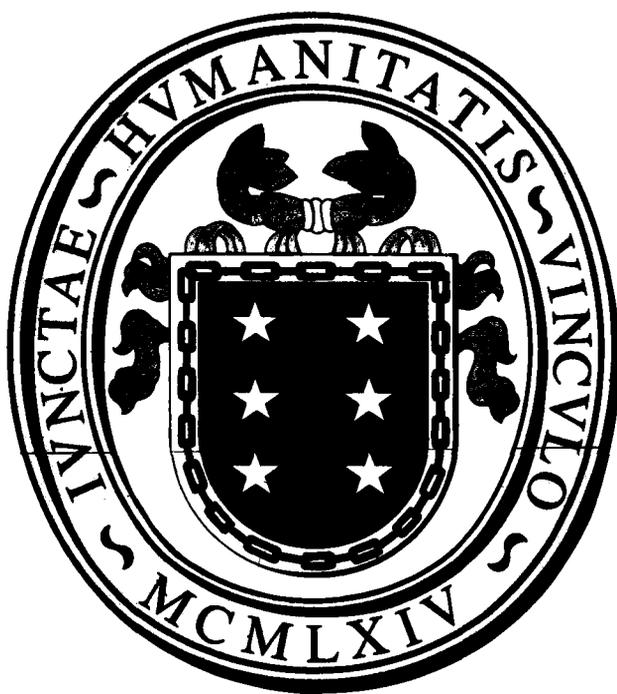


ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE



1981

ALGUNAS FACES O TERRITORIOS DE LA VERDAD. ULTIMA ETAPA DEL PENSAMIENTO DE UN PROFESOR*

Prof. Dr. Walter Fernández Ballas
DE LA ACADEMIA CHILENA DE MEDICINA

Pasados los 80 años, de una vida inquieta y hasta apasionada, polarizada en especial hacia todo lo bello y hacia lo desconocido, tratando de desentrañar su incógnita, el campo biológico de mis actividades y todo el Universo siguen inquietándome; pero los contemplo ahora de un modo diverso. No es que mi espíritu haya cambiado en su esencia: es el mismo; pero se manifiesta y reacciona en forma diferente. Ayer, era un torbellino, como las aguas que se precipitan rápidas y ruidosas; con la pretensión de abarcarlo todo; hoy, estas aguas se han aquietado, se han nivelado como en un remanso, y en su tranquila superficie se refleja el Universo en sus reales e inmensas dimensiones, infinitas en el espacio y en el tiempo; los detalles, esfumándose, no perturban lo esencial y así resalta aún más su grandeza y ante ella siento mi pequeñez y comprendo cuán escaso es mi saber. Mi petulancia, mi egocentrismo, si existieron, aunque siempre traté de combatirlos, se desvanecen; mi espíritu, el yo íntimo, depurado de todo lo que le fue ajeno, se muestra en su real dimensión y naturaleza: se ha hecho auténtico y sincero. Sin embargo, este espíritu sigue ansioso, pero con su sinceridad, sin estridencias de creer saber, y se polariza hacia los horizontes de este infinito, añorando aun explicarse la luz que de ellos emana.

Considerando ahora en general lo que nos ocurre a los universitarios que hemos actuado en el profesorado, en la docencia y en la investigación científica durante años y años, creo que se nos ha ido

* Extracto de una conferencia pronunciada el 27 de abril de 1978 en la Academia de Estudios "Prof. Alfonso Leng", en la Facultad de Odontología.

plasmando una particular personalidad, una manera específica, podría decir, de proceder y mirar las cosas; manera que nos es común y nos une armónicamente. Es indudable que lo adquirido en nuestra existencia con esa modalidad, ya en la vida cotidiana abordada con sentido de responsabilidad y causalidad, como especialmente en la vida universitaria docente y de investigación ha ido formando el acervo de nuestra experiencia, nuestra manera de pensar y razonar; pero los detalles mismos van a ocupar el sitio que les corresponde sin hipertrofiarlos ante la concepción general y superior: hemos aprendido a jerarquizar los valores. Se va creando también un substrato en nuestro espíritu, una vida interior que trata de sobreponerse al desgaste orgánico de los años, y que representa, podríamos decir, una supervivencia nuestra más allá de nosotros mismos. En primer lugar, esa inmensa satisfacción de haber formado con toda la mente, entregando todo lo que podíamos dar, y con todo el corazón, nuestros discípulos, que diseminados van continuando la obra, acrecentándola y perfeccionándola con su propio esfuerzo y clara inteligencia; satisfacción de verse así superados por ellos; lo que es la mayor aspiración de un maestro; superación que además es la base fundamental del progreso científico. En segundo lugar, con los años queda en el ánimo de un investigador, por modesta que haya sido su labor, como ya lo he expresado, una experiencia, un modo particular de contemplar y apreciar los hechos, la Verdad de lo existente que nos rodea: con espíritu sereno, sin prejuicios de ninguna especie, razonando lo más correctamente posible; modalidad que se ha ido adquiriendo con la aplicación del método científico durante años. De aquí se fundamenta el afán postrero de querer penetrar aún en la esencia de todas las cosas que se enfrentan, desde las de mayor trascendencia hasta las más aparentemente triviales y poco llamativas de la vida cotidiana; ya que como lo decía el gran Ramón y Cajal, "No hay cosas sin importancia, sino individuos sin importancia que no saben valorar las cosas". Pero al preocuparnos de ellas lo hacemos, a nuestros años, en una forma que podríamos decir filosófica, en el verdadero sentido de generalización; y sin egocentrismo, ya que el "yo" prácticamente desaparece, al fundirse como un pequeño átomo a esa grandeza del Universo, al tratar con afán de penetrarlo y comprenderlo.

Es a propósito de este afán tras la Verdad de lo existente que me he permitido presentar este breve "ensayo" sobre la Verdad; y digo "ensayo" o algo más modesto aún, dado que darle otro alcance sería más que atrevimiento, petulancia. He titulado este ensayo o bosquejo, "Algunas faces o territorios de la Verdad". No se trata de un trabajo en relación directa con la profesión médica u odontológica en sus diversas ramas; pero, sí, incide, estoy seguro, en las inquietudes espirituales de todos los que hemos desarrollado la vida no sólo en las actividades rutinarias, sino también y en proporción principal a pensar en lo que hacemos, en lo que somos, de dónde venimos, hacia dónde vamos, y en relación con todo lo existente a nuestro alrededor. Confiado en esta formación de todos y en su benevolencia me permito esbozar este tema de por sí escabroso; pero inquietante, por cuanto nos está golpeando diariamente a nuestros sentidos y en especial a nuestro intelecto, demandándonos un esfuerzo continuo, para adentrarnos en él, para comprenderlo en su amplia extensión, lo existente y el constante devenir; particularmente obsesionante para todo aquel que tiene el hábito de meditar sobre ellos, en esos momentos en que el diario quehacer deja un descanso y el espíritu vaga libremente sin las trabas que representan las preocupaciones y polarizaciones a ras de tierra: el "ocium" griego. Presuntuoso intento, aunque obligadamente reducido a un solo objetivo: mi modesta posición frente a él para enfocar y apreciarlo ya al final de mi ruta, como una síntesis de mi pensamiento de hoy; muy lejos, por supuesto, de dar respuestas integrales a sus complejos interrogantes.

No es mi pretensión exponer ahora hasta dónde se ha llegado tras esta Verdad del Universo, lo que demandaría un tiempo mucho mayor y sin la competencia requerida para ello; pretendo, en cambio, expresarles cuál es mi opinión, los terrenos e inclinaciones espirituales en que la ansiedad del hombre se desenvuelve tras esa Verdad.

Al hablar de "faces" o "territorios" de la Verdad ya esto hace suponer como formando parte de *un todo*, con sus caras o planos. ¿Existe, en realidad, la Verdad como un todo, una Verdad integral y universal? Sí y No: *No*, si consideramos lo que *hasta ahora* conocemos, la verdad que podríamos llamar "humana", tan limitada y parcelada aún; *Sí*, si nos referimos, deshumanizadamente, a la realidad de lo que

existe, el Universo: la *Gran Verdad*, que tratamos de conocer en su integridad y aun de desentrañar la esencia de las partes que ya captamos de él, esforzándonos por penetrar en sus primeras causas; sin lograr hasta ahora ni lo uno ni lo otro.

No obstante, el hombre, en su actividad espiritual, en su inquietud y en sus ansias de captar y poseer la realidad, se polariza en tres direcciones, separadamente o hermanadas: *la verdad artística, la verdad científico-filosófica y la verdad religiosa*.

1º. *La verdad artística*. El Arte es la exteriorización de la verdad del artista: es subjetivo y emotivo y lleva siempre, forzosamente, un sello personal: es la expresión de *su sentimiento*, que es su grande y real verdad frente a lo que ve y a lo que imagina y crea. Por lo tanto, tiene que ser muy relativa y múltiple, de acuerdo a la pléyade de artistas y tanto más extendida cuanto mayor sea el número de personas que vibren sinceramente y no por "snobismo" con aquella verdad, con aquella creación. Y digo del artista "su grande y real verdad", recalcando esto con énfasis, cuando concuerda ella con su sinceridad; ya que existen también, desgraciadamente, "artistas" (entre comillas, por no decir pseudoartistas) insinceros o simplemente incapaces, que al igual que cierto público, caen en un exhibicionismo espectacular; carecen de vuelo, de estro, de inspiración, y lo suplen, o creen suplirlo, con lo estrambótico o lo escandaloso y truculento; es simplemente una comercialización del espíritu entre "pobres de espíritu"; y en forma petulante se creen "creadores"; y todavía más, creadores de vanguardia. La realidad es que caminan al revés y así se explica que estando en la cola se creen cabeza. Jugar al desparramo de palabras y frases sin conceptos ni injundia y aun sin sintaxis ni puntuación; jugar al desparramo de inconexos trazos de figuras; acumulación de sonidos y aun de ruidos, no es hacer literatura, ni pintura, escultura, ni música. Sin concepción innata de belleza, sin sentimiento íntimo de belleza, sin goce supremo ante la belleza, no se puede ser artista en el sentido amplio de tal y no pueden crear belleza, suprema aspiración del Arte.

Todo esto, por supuesto, no puede considerarse como la verdad del "artista" ya que no alcanza a serlo; es más bien una postura del individuo, su demostración psicológica de un complejo de inferiori-

dad en ciertos casos, propio de espíritus “ápteros”, denominación que los naturalistas dan a ciertas especies carentes de alas. Por fortuna, toda esta “creación” negativa es pasajera; tarde o temprano cae en el olvido o en el menosprecio. En cambio, la verdad sincera del artista genuino, su creación alada e iluminada por la belleza, perdura y a través de las generaciones va formando parte del acervo cultural de la humanidad: sus creadores se perfilan como eternas figuras-símbolos. En las diversas artes ¿quién duda de un Fidias, de un Sófocles y Eurípides; de un Dante, de un Miguel Angel, de un Tiziano, de un Rivera; de un Bach, de un Mozart, de un Beethoven; de un Shakespeare, de un Calderón de la Barca, de un Lope de Vega, de un Quevedo, de un Cervantes; de un Goethe, de un Schiller; de un Schubert, maestro por excelencia del “Lied”; y ya más contemporáneos, de un Schumann, de un Chopin; de un Wagner, de un Verdi, un Brahms, de un Mahler, de un Richard Strauss, un Debussy, un Stravinsky, un Sibelius; de un Rodin, de un Benavente, de un Marquina, un García Lorca; y muchos otros, también de primera constelación, todos ellos ya reunidos en el Gran Parnaso Universal, al cual han llegado igualmente varios de los nuestros?

En la pintura, la escultura, en las letras, en la música, encontramos todo un mundo de creaciones superiores que representan la verdad artística con que soñaron sus creadores y que forman, como hemos dicho, uno de los componentes más significativos de la cultura de la humanidad y que elevando al hombre en alas de la belleza hacen la vida más digna de ser vivida.

Felizmente el artista trata de expresar sus propios sentimientos y de ahí que en los de gran vuelo encontramos siempre *un creador*; muchas veces un rebelde frente a moldes que aprisionan su espíritu potente y su vuelo de inspiración. Con toda irreverencia he sostenido siempre que las “reglas” o “cánones” en el arte nacen no de los artistas propiamente tales, sino de los “técnicos” y “eruditos” de arte, de los críticos de arte, que canonizan tales reglas al hacerlas surgir como un “factor común” de formas acumuladas y que les acomoda a su sentir; pero el “factor común” sale siempre de una masa, y el artista superior es irremediabilmente una antítesis de la masa. De ahí que cuando va contra una regla establecida —aunque furiosamente combatido por

técnicos y críticos por este atrevimiento— el artista genial *crea* una nueva forma. Beethoven rompe con la mayor parte de las reglas musicales de la composición, en la armonía y en la forma; crea la orquesta moderna, podríamos decir; y en sus Sinfonías, desde la 3^a “Heroica”, en sus Cuartetos y Sonatas, crea igualmente formas nuevas, personales, que provocan estupefacción y ataques enconados en su época, de parte de los autodenominados “críticos de arte”. Avanza solo, como un Titán, en pos de *su verdad*, despreciando altivamente la incompreensión, convencido como lo estaba, de legar un mensaje superior a sus semejantes. Su obra se impone, como siempre se imponen las creaciones de un genio y sobreviven haciendo la felicidad de la humanidad casi entera; el artista verdadero, pese a los ataques o postergaciones que pueda sufrir por un público frívolo o superficial, o por una pléyade de estos críticos “a la violeta” que nada saben, sigue viviendo por sus obras; mientras nadie se acuerda de aquellos petulantes que creyeron sepultarlo en vida.

Wagner, poeta y músico aunados, crea el *drama musical*, que contiene como guía principal el “leit-motiv”, llevando su creación a una altura de universalidad, donde campean todas las virtudes y pasiones humanas; que alcanza a una verdadera “filosofía de la música”, si pudiéramos decir, en su “Tristán e Isolda”.

Cervantes no sólo crea con Don Quijote y Sancho, dos personajes que son la propia humanidad y como tales eternos, sino aprovecha los desvaríos de su héroe para expresar en una época peligrosa y en forma genial, *su verdad*, su rebeldía contra las normas rígidas y retardatarias, que tuvo que soportar, establecidas particularmente por la Iglesia de la Inquisición, trabando el vuelo del espíritu. Como ejemplo de ello, leamos lo que hay entre líneas en el sugestivo pasaje aquel en que Don Quijote, como siempre acompañado de Sancho, decide ir en busca del Castillo de su bien amada Dulcinea del Toboso. Llegan al pueblo ya entrada la noche cerrada y en medio de la obscuridad se enfrentan luego con una majestuosa silueta: Don Quijote la interpreta como el anhelado Castillo de Dulcinea y próximo a alcanzar su supremo ideal, al acercarse todo se derrumba y exclama: “¡Con la Iglesia hemos dado, Sancho!” —Ya lo veo —responde Sancho— y plegue a Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los

cementerios a tales horas...". ... A buen entendedor, pocas palabras.

El legendario Dr. Fausto, revivido por Goethe, es igualmente, más que una verdad artística del poeta, una verdad filosófica universal: la eterna sed de saber; la inquietud, mortificante a veces, ante lo incógnito; y sobre todo, las ansias infinitas de alcanzar la felicidad, junto a la paz suprema del espíritu.

Los personajes de los dramas de Shakespeare, ya sacados de la historia o leyendas, o propiamente creados por él, son actualizados y animados con una luminosidad y patetismo que golpean energicamente a nuestro espíritu; y elegidos como verdaderos símbolos de todas las virtudes y pasiones humanas, elevadas o bajas hasta la ruindad.

Igual podemos decir de Lope de Vega, o como se le llamaba, el "Fénix de los Ingenios", el más fecundo de los creadores literarios, especialmente del teatro, que universalmente ha existido, y que renovó profundamente la orientación y la técnica de la escena. Sus personajes, verdaderos prototipos de todos los caracteres y ámbitos, emergen aún de sus más de mil obras de teatro y de sus poemas, y siguen deambulando con vida propia por su adorado Madrid, por España, y por el mundo entero, especialmente de habla hispánica que sabe comprenderlos mejor en su idiosincrasia tan auténticamente española.

Toda verdadera Obra de Arte, ya en literatura, pintura, escultura o música, lleva en sí un "alma", un "mensaje": no sólo admiramos en ella la forma, que va a nuestros sentidos, sino también y principalmente, ese poder sugestivo que irradia de su contenido y que infiltrándose en nuestro espíritu provoca nuestra emoción: es ese "mensaje", que persiste a través del espacio y del tiempo; mensaje, que al enfrentarnos a la Obra de Arte, llega a nosotros, nos invade y dialogando íntimamente con nuestro "yo" interno nos comunica y nos hace sentir su profundo significado que quiso darle su creador: y al comprenderlo, sentimos su misma emoción, vibrando al unísono con él. Bendita comunión espiritual, que seguirá uniendo siempre el presente con todo pasado luminoso, como tea que no se extingue, señalando el camino ascensional.

¿Ocurre algo semejante con tanta producción actual, pomposa-

mente autodenominada "de vanguardia", y aplaudida a rabiar por cierta crítica y cierto público? ... Dejo a cada cual la sincera respuesta.

Es verdad que en algunas producciones el autor no deja de tener cierta habilidad y a veces gran habilidad para manejar sus medios de realización: el lenguaje, los trazos, los colores, el cincel o los sonidos y aun ruidos, y su obra logra golpear nuestros sentidos, en ocasiones intensamente; pero no logra penetrar a nuestro espíritu, no nos comunica nada: no encierra ningún mensaje. Frente a ellas, interrogados muchos "entendidos", pero que no desean que se les considere "atrasados" o "ignorantes", contestan: "Es una obra interesante" (?). Esta contestación me basta; para mí por lo menos, es semejante al "requiescat in pace". Ha llegado sólo a los sentidos o al intelecto, en el mejor de los casos, no a los sentimientos: especie de cerebro sin corazón: "formas" sin vida.

Por el contrario, ¿cómo no vibrar ante las varias "Pietà" de Miguel Angel, ante su David, su potente Moisés, palpitante de intensa vida, o ante la cúpula ideada por Brunelleschi y majestuosamente asentada en la Catedral de San Pedro en Roma por el mismo Miguel Angel? Quién no vibra de emoción ante la Via dei Fori, enfocada desde el Capitolio de Roma, obra esta última también de Miguel Angel, centrada por la majestuosa estatua ecuestre del emperador Augusto: nos enfrentamos desde aquí ante siglos de historia que marcaron y dieron base sólida a la civilización occidental que hoy orgullosamente poseemos. ¿Quién no siente el mensaje del alma de Beethoven al escuchar entre otras, su Sinfonía "Heroica"; sus Sonatas, especialmente la Op. 57 "Appassionata" y la última de ellas, la N^o 32, Op. 111, profundidad, sublimación de ideas, en una atmósfera de belleza; grandeza de inspiración al través de una completa libertad de forma: personalidad gigante del genio. ¿Cómo no sentir admiración y emoción ante un drama o una tragedia de Shakespeare?

Peró, bien entendido, tratándose de obras superiores en la esfera del teatro y de la música, es indispensable que sus realizadores, sus intérpretes estén a la altura de la propia grandeza de la obra, que vibren con ella, que sepan y puedan entender y respetar esa Verdad, ese mensaje que le inculcó su creador; y así puedan transmitirlo a los

públicos, ansiosos de esa verdad, de ese mensaje; sin lo cual se malogra o se disminuye su potencia, cuando no se tergiversa. Aquí, en este terreno debería estar vedada para siempre la acción de los mediocres que se creen artistas, no obstante su atrevimiento, su audacia; hay que campear por el respeto al autor. ¡La Verdad, la Belleza no deben ser manoseadas por ellos!

He tratado sólo de evocar algunas visiones, de trazar algunas pinceladas de la Verdad del Arte, tal como lo siento y cómo vibra ante sus realizaciones mi espíritu, como algo natural, innato, sin túnica doctoral ni fríos conocimientos; es, talvez, por esa misma intensa impresión ante la grandeza de aquellas creaciones que mi espíritu no pueda acomodarse ante tantas otras producciones, especialmente modernas, que nada me comunican con sus malabarismos, a veces ingeniosos, en todo sentido, verdaderas "confecciones" y no creaciones de una verdadera inspiración.

2º *La Verdad científico-filosófica*. Debemos tener presente que la ciencia y la filosofía se enfrentan a los fenómenos del Universo, incluido el hombre en su triple aspecto biológico, psíquico y social, para *descubrir* estos fenómenos y entenderlos; esto es, buscando su explicación, las causas o determinantes que los producen y sus leyes. El cientista, a diferencia del artista, no es propiamente un creador, sino, podríamos decir, un descubridor del fenómeno y sus causas, de aquello que existe; no es, por consiguiente lo que descubre una verdad personal, como la del artista; es extrapersonal y universal: el cientista la busca, la persigue, la descubre y la explica, mediante la metódica científica; no es una posición y un producto de los sentimientos, como en el artista, sino una posición de la mente, de la *razón*, frente a los fenómenos existentes del Universo.

¿Cómo aprende el cientista a leer en este gran libro abierto que es el Universo, que con una constante atracción invita a hojearlo?; ¿Cómo llega a captar este lenguaje suyo?; ¿cómo busca la ciencia la Verdad de estos fenómenos, sus causas? De más está decir que los medios de que se vale el investigador constituyen la *metódica científica*, que al través de siglos de este afán del hombre pensante por *saber* llega hoy a constituir caminos eficaces para lograr la conquista de los enigmas que encierra el gran panorama de lo existente; y he dicho "caminos

eficaces”, porque si no se logra el fin, o se equivoca en los resultados o en la apreciación, la ciencia misma tiene los medios para reconocer el error y enmendarlo, libre como lo es, de todo prejuicio o dogma preestablecido. La metódica científica, iniciada por los griegos con la observación directa y serena de la naturaleza, adquiere su camino actual, en sus grandes líneas, con el empirismo de Bacon, al introducir el método experimental y muy particularmente con Galileo, al profundizar la experimentación, apreciando y valorando sus resultados, contra todo prejuicio, para llegar a establecer inductivamente la ley o leyes del fenómeno, obedeciendo a leyes matemáticas: “El universo está escrito en cifras matemáticas”, expresaba. Observación metódica de los fenómenos, analizándolos lo más profundamente posible; experimentación, aplicando en su reproducción las posibles causas o determinantes y en seguida, repitiendo estas experimentaciones muchas veces, hasta la evidencia, inducir por síntesis la ley o leyes que lo condicionan: he aquí el camino. Pero no se queda aquí la ciencia: alcanzado este punto, proyecta, con esta sólida base, las hipótesis legítimas o probabilidades más allá de la experiencia alcanzada. Al emprender nuevas experimentaciones siguiendo las hipótesis planteadas, si el resultado es parcial o las contradice, éstas serán falsas o mal planteadas y la acuciosidad del cientista las modifica o plantea otras hipótesis de trabajo, que la experimentación se encargará de juzgar sobre su exactitud. Así, sucesivamente va avanzando la verdad científica, que, como es natural, *tiene que ser relativa*, pero perfectible, acercándose cada vez más a la verdad total del fenómeno. Esta modalidad ejecutoria del proceder de la investigación científica es, como todos sabemos, el *determinismo científico causal*, la búsqueda y la comprobación de los determinantes que producen y condicionan el fenómeno estudiado.

Si analizamos más a fondo los fundamentos de esta metódica, dirigida a la búsqueda de la verdad científica, vemos que no son sino los caminos que sigue la mente organizada del hombre *para conocer*. ¿Cómo podemos conocer? ¿Cómo logramos desentrañar las incógnitas de lo existente, los factores y las leyes que los condicionan y rigen? Es indudable, que en una forma global o general, una idea surge en la mente al ser estimulado nuestro espíritu por un fenómeno externo del

ambiente, o bien, por un proceso interno asociativo de experiencias ya vividas y acumuladas, y a veces dormidas en nuestra mente; es una reacción a estos estímulos, que en muchas ocasiones sobrepasa con exceso al estímulo a veces insignificante. Pero es evidente que en esta génesis de la idea hay siempre una etapa previa de elucubraciones más o menos rápidas o lentas, que pueden ser conscientes, voluntarias, esforzándonos en su elaboración; otras veces, silenciosas, trabajando en el subconsciente; es una especie de torbellino mental, consciente o subconsciente que se va clarificando hasta llegar a la claridad conceptual, a la luz de la idea propiamente tal que así surge, esto es, al *concepto* de la cosa. Al averiguar las diversas etapas que paso a paso ocurren en sus detalles y los medios utilizados para solucionar el significado del fenómeno que se enfrenta, en su extensión mayor posible y sus relaciones con los demás fenómenos, puede aceptarse que los caminos o medios empleados son diversos: unos dependientes de nuestra propia mente, de nuestro intelecto; otros, introduciendo técnicas y aparatajes ideados por la propia mente, para ayudar a nuestros sentidos poco sensibles y al mismo trabajo mental, en el evidenciamiento causal de lo que estudiamos.

En primer lugar, con la observación directa de los fenómenos, ampliándola con la experimentación, haciendo jugar sus posibles determinantes o causas: es el *camino sensorial*, puesto que los hechos y los resultados obtenidos los apreciamos con nuestros sentidos, ya en forma directa o por intermedio de instrumentos o técnicas más sensibles inventados con este propósito, como se ha dicho, para que sus manifestaciones puedan ser captadas por nuestros sentidos.

2º Con nuestro raciocinio: *el camino racional*: elucubrando, analizando, jerarquizando lo observado directamente o lo obtenido mediante las técnicas experimentales más o menos complejas, que llegan hoy día a grados de perfección que maravillan. Es uno de los caminos más fecundos que conducen a la meta: la *verdad* del fenómeno estudiado; arribando después de gran número de datos acumulados, y por raciocinio inductivo, a sentar la ley o leyes que rigen el fenómeno.

3º Existe, además, un tercer camino, el que en contadas ocasiones ha conducido de súbito a grandes descubrimientos, de parte de

mentes privilegiadas, geniales: *la intuición*. Pero, no debemos considerar, aquí por lo menos, la intuición como un fenómeno de subconciencia, como vulgarmente se considera, sino, por el contrario, como una condición *supraconciente*, que ocurre particularmente en las mentalidades superiores, de alta organización que nos ha dado de vez en cuando la humanidad tanto en el campo de la ciencia como del arte: el genio captador, creador; la *intuición genial*, que es un ejemplo típico de este camino de la supraconciencia. Es, como muy bien lo dice el sociólogo y psicólogo Sorokin, el "camino verdadero creacionista, suprasensorial, supraracional y supraconciente". En efecto, en ciertos casos, y aun en grandes descubrimientos y creaciones, es éste el camino que ha conducido a ellos, tanto en ciencia como en arte: ha sido el proceso mental que ha florecido en las concepciones y obras geniales: Newton y la ley de la gravitación universal; Beethoven y sus grandes creaciones. Aparecen como un chispazo, como un relámpago en la mente superior; es el grito de "Eureka" de Arquímedes.

Débase recordar también que ha habido ocasiones en que el azar, lo fortuito, la "suerte", ha favorecido el descubrimiento o el camino hacia él; pero hay que hacer resaltar que estos factores, estas oportunidades en mentes comunes, caen en el vacío; deben ser captadas por mentes altamente organizadas y *sensibles* en la observación de los detalles, aún los más insignificantes en apariencia. Mi maestro, el Prof. Noé, siempre nos repetía: "Todos miran, pero pocos ven". Con razón ha dicho Pasteur: "En el campo de la observación, el azar, la suerte, sólo favorece a la mente preparada".

Es así como *la verdad científica*, perseguida afanosamente con el método científico y reforzada por algunos chispazos geniales, se va perfeccionando paso a paso y mientras más se desarrolla y perfecciona su metódica; siguiendo los tres caminos principales indicados, de los cuales son los comunes el *camino sensorial* (observación directa o indirecta mediante aparatos y técnicas especializadas), tanto de los fenómenos naturales como de los experimentales; 2º, *el camino racional*, consecutivo al 1º; enjuiciamiento, ordenación, jerarquización de los resultados y sus determinantes, hasta llegar por repetición concordante, a inducir las leyes que los rigen y condicionan. A ellos se agrega el tercer camino, de excepción, el camino de la *intuición*

supraconsciente, o sea el camino creacionista, propio del genio, descubridor o creador.

Es verdaderamente asombroso cómo la ciencia por estos caminos y sus acuciosas técnicas ha llegado casi a la esencia de los fenómenos en algunos casos; sin embargo, queda siempre un suspenso respecto a esa esencia de ellos, de sus primeras causas. Es indudable que la técnica actual llega a veces a maravillarnos y aun cegarnos: hasta hablarse de “tecnología”, palabra falsa, a mi entender, ya que “logos”, se aplica a la disciplina científica respectiva, que es una *finalidad*: la Verdad; mientras la técnica, por maravillosa que sea, no es una finalidad, sino *un medio*, que utiliza la ciencia en búsqueda de esa verdad. Recordemos también a este respecto las tan acertadas palabras de Beveridge, al iniciar el prefacio de su magnífico libro “The Art of scientific Investigation”: “Los aparatos fabricados juegan una parte importante en la ciencia de hoy día, pero yo a veces me admiro si no estamos inclinados a olvidar que el instrumento más importante en la investigación debe ser siempre la mente del hombre”. Frase que debiera esculpirse en todo laboratorio de investigación.

En realidad, hay que tener presente que por encima de todo está el factor hombre; no se “fabrica” el hombre de ciencia, el investigador, aunque se le provea de todo el aparataje imaginable: se nace con la pasta de tal, hay que tener “alma” de investigador: es un “genotipo”, si me permiten la expresión, no un “fenotipo”; tal como ocurre con el profesor, con el maestro de verdad; ambos son la manifestación de una inclinación, de una inspiración, podría decir. Citando al mismo Beveridge, al final de su libro mencionado expresa en un párrafo: “La curiosidad y el amor a la ciencia son los más importantes requerimientos mentales para la investigación. Tal vez el principal incentivo es el deseo de ganar la estimación de los compañeros de uno, y la mayor recompensa es la emoción del descubrimiento, que es ampliamente proclamada como uno de los más grandes placeres que puede ofrecer la vida”. ¡Qué verídicas y justas, como emotivas apreciaciones de este investigador!

La ciencia, al ir tras los determinantes de los fenómenos se pregunta: ¿dónde?, ¿cómo?: en qué sitio o lugar ocurre el fenómeno; qué factores o determinantes intervienen en su producción; y en qué

momento o circunstancias concurren estos factores para su producción. Es así como ha logrado al través de los años grandiosas conquistas. Sin embargo, cuando más allá de todo esto desplegamos las alas de nuestro espíritu y colocados en la cúspide de esta enorme montaña de los conocimientos actuales que alcanzan en algunos puntos casi a los "primeros principios" de la filosofía de Spencer, casi a la esencia de las cosas y queremos penetrar en ella, ya no nos conformamos con el dónde, cómo y cuándo del determinismo causal y con nuevas ansias e inquietudes interrogamos *¿por qué?* ¿Qué objeto tiene el fenómeno dentro de la existencia general? ¿Qué significado tiene en sí todo este Universo?; ¿qué hay en él?; ¿qué somos frente o dentro de él? ¿Es posible que el determinismo por sí solo y por simple casualidad de ensayos logre producir la asombrosa realización y *correlación* de los fenómenos, el equilibrio dinámico y armónico que los conjuga; que en los seres organizados sus diferentes partes constructivas actúan y se coordinan para la mejor supervivencia del todo, del ser? ¿O cómo si una potencialidad existente en la materia universal o fuera de ella la orientara a un fin, como una *teleología predeterminista*? Lo que me hace pensar en el neoclasicismo griego de Goethe y Schiller: una partícula divina en toda la materia existente: un panteísmo, podría decirse, orientador de los determinantes causales. Inquietantes preguntas y concepciones que quedan sin respuesta científica por ahora. Es verdad que la ciencia para no verse perturbada a cada paso en su camino tiene necesidad y está obligada a continuar en el terreno de la causalidad determinista, perfeccionándola cada vez más, para no tropezar a cada momento con estas inquietudes del *¿por qué?* Semejante pregunta, en realidad, lleva en sí un sentido teleológico o finalista, como se ha insinuado ya, y puede ser un arma de doble filo conducente a interpretaciones falsas o tendenciosas, en manos de algunos comprometidos o de algunos científicos con poca experiencia científico-filosófica. Pero no por ello le está vedada esta pregunta al científico de vuelo filosófico y mente científica sólidamente organizada, carente de prejuicios y de inclinaciones ajenas a la búsqueda pura de la verdad; y como un alto en el camino hacia la verdad integral: lo uno no debiera, en estas condiciones, excluir lo otro. Esta posición espiritual y mental hacia la generalización filosófica debe existir para

todo hombre de ciencia en general; pero es tanto más necesaria para el naturalista, para el biólogo de vuelo, con sólido juicio y con pensamiento científico firmemente cimentado: tiene derecho a traspasar la frontera científica pura e intuir filosóficamente una explicación, una causalidad a las dudas que le asaltan. Con tanta razón ha dicho Goethe: "El verdadero naturalista, donde más a gusto se halla es en la región en que la metafísica y la historia natural se compenetran".

Llegado a este punto permítaseme una declaración, con el carácter de confesión, si se quiere, de acuerdo con el espíritu de sinceridad que me anima y máxime tratándose de apreciaciones sobre la Verdad. Debo, entonces, ahora manifestar cuál es mi verdadera posición actual frente a estos problemas del determinismo causal. En mi discurso de incorporación a la Academia de Medicina del Instituto de Chile en 1965, hice pública esta "confesión"; hoy día vuelvo a repetir algunos párrafos de ella, para darles a conocer lo que pienso después de toda una vida aplicando el determinismo científico en mis trabajos de investigación.

Decía en aquel discurso en los párrafos pertinentes:

"Cuando nos dedicamos a pensar con más detención en el mundo de la materia viva, no obstante los avances modernos que llegan hasta las estructuras moleculares, no podemos dejar de considerar que debe regir un factor, un principio que orienta, que canaliza todos los determinantes para conservar la vida. El ser vivo, sin excepción, se caracteriza por su *organización* propia, por la conservación de esa organización y por la reproducción de ella, de la *forma*, dando lugar a la gestación de individuos del mismo tipo de organización, si bien con las variantes en detalles individuales. ¿Basta el determinismo físico-químico, incluido los genes, un mecanismo ciego para orientar todas estas admirables contingencias? ¿O hay sobre todo ello un factor, que aún se nos escapa, que tiene a su cargo esta orientación? Muchos biólogos de gran vuelo se han visto obligados, insatisfechos ante estas interrogantes, a convertirse en filósofos de la Biología. Baste recordar la obra de Pauly, *Darwinismo y Lamarckismo*; de Adolf Wagner, *La ley de finalidad en la Naturaleza*; *La Filosofía de lo orgánico*, de Hans Driesch, tal vez la

de mayor vuelo e influencia en este arduo y escabroso problema, por el enorme prestigio del autor como morfólogo, embriólogo y biólogo general. Para todos ellos, aún difiriendo en sus apreciaciones, existe un factor finalista o teleológico que rige el funcionamiento del conjunto de las partes del organismo, *dirigido* a la formación y conservación de las estructuras y formas orgánicas”.

“... En Biología, en los seres vivos no podemos prescindir, cuando ahondamos los problemas que ellos nos presentan, de *un destino*, llamémoslo así, de *una finalidad* o *teleología*; las organizaciones, las partes, al integrarse en el todo, en el ser, no constituyen una simple *sumación*, como en la materia no organizada, sino una *complementación* coordinada, *con el fin de organizar la vida y para la vida*. Sin esta organización, sin esta integración o complementación, *no hay vida*”.

“Cito un solo ejemplo, bien demostrativo: lo que ocurre en una célula hepática, cuyo diámetro no sobrepasa los 20 o 30 micrones y cuyo volumen se calcula más o menos en la 100.000 avas partes de una cabeza de alfiler (según Rauber-Kopsch). Pues bien, en ella se efectúan más de diez reacciones químicas, algunas de ellas complicadísimas. Y podremos decir cómodamente que esta maravilla se ha constituido al acaso, por el determinismo químico, por el juego molecular y de los átomos? Cuando estamos viendo que cada una de estas funciones químicas y todas en conjunto están dirigidas a la integración de la vida del ser.

“Mi maestro, el profesor Noé, cuántas veces me repetía, en las largas e inolvidables charlas que manteníamos frecuentemente al término de nuestras labores docentes y del laboratorio: Ud. obedece todavía muy estrechamente, como joven, al influjo deslumbrante del determinismo científico; pero cuando llegue a mis años, sentirá que hay algo más, que ignoramos, una *finalidad* en los fenómenos del Universo, y como yo ahora, verá que, más allá del determinismo, que no debemos abandonar y aún perfeccionar, existe una *teleología*, una *finalidad*, un *predeterminismo* que coordina, que organiza”. ¡Cuánta razón le encuentro ahora y cómo lo recuerdo al gran biólogo y humanista que era mi maestro!

"El célebre histólogo y biólogo von Brücke, en forma muy incisiva decía: "La teleología es una dama sin la cual ningún biólogo puede vivir; sin embargo, se avergüenza de mostrarse en público con ella".

En todo caso, ha sido por el camino del determinismo y su principio de causalidad que ha avanzado la Ciencia, con sus grandes conquistas indudables y hoy abismales; corrigiendo sus errores, enmendando rumbos con su desprejuiciada autocrítica".

Hasta aquí lo que avanzaba en aquella ocasión. La verdad científica es, por todo esto, forzosamente relativa, parcial al llegar a la esencia de las cosas; pero avanza y se perfecciona continuamente; y si yerra tiene en sí misma los medios para corregir el error, como ya se ha dicho, proclamándolo abiertamente. De ahí que esta verdad científica relativa, llevando, podría decir, un alma pura al reconocer de inmediato sus errores y proclamarlos, ha merecido el crédito de las mentes claras e inteligentes de la humanidad y ha brillado como faro-guía en el camino áspero de la ascensión; ha llegado así en muchos terrenos casi a la esencia misma de los fenómenos y aún más, ha logrado la unificación de muchos de ellos, fundamental preocupación de la filosofía.

Es precisamente al llegar a esta altura cuando se abordan los deslindes de Ciencia y Filosofía; que hoy en día, dado este mismo enorme avance de la Ciencia, no pueden separarse con fronteras netas; lo que es de suma importancia, ya que el enorme bagaje de conocimientos alcanzados con los años, en particular en estos últimos años, en todos los campos del saber, no puede ya admitir sino una *filosofía científica*, una *filosofía natural*; como tampoco podemos admitir hoy en día, una ciencia sin vuelo filosófico. En algunos casos, en realidad, la ciencia en su constante avance no sólo logra alcanzar la frontera con la filosofía, sino la traspone y penetra en su campo y aún logra con sus nuevos y grandes avances, modificaciones fundamentales que inciden en los conceptos filosóficos correspondientes. Así, por ejemplo, desde la segunda década de este siglo se ha venido socavando el principio de la continuidad determinista que se consideraba general. Como lo expresaba el gran matemático Henry Poincaré, se ha ido operando la revolución más profunda que ha sufrido la filosofía natural después de

Newton, debido a los estudios trascendentales de Planck. En efecto, en la explicación del Universo, que es en realidad una "dinámica del Universo", ha dominado sin contrapeso la *ley de la continuidad* de los fenómenos: el genio de Newton había establecido, a este respecto, que el estado de un sistema móvil, o más generalmente del universo, no puede depender sino de un estado inmediatamente anterior; que todas las variaciones de la Naturaleza se realizan de una manera continua, o sea, en una cadena ininterrumpida de causas y efectos, siendo cada elemento efecto del elemento anterior y causa del siguiente. Es verdad que ya antes se había elaborado esta idea de la continuidad en el pensamiento de los antiguos escolásticos, aunque en forma difusa, y sintetizada en el adagio "Natura non facit saltus". Este mismo principio es retomado y perfeccionado por Leibnitz, en su "lex continui" (ley de la continuidad). Es esta idea fundamental de la continuidad, llevada a su carácter podríamos decir axiomático por Newton y que ha dominado el pensamiento científico-filosófico más de dos siglos, la que está hoy en tela de juicio: surgiendo la disyuntiva si no es necesario aceptar en las leyes naturales la *discontinuidad*, especialmente en la Física, en la Mecánica: la concepción de los "*quanta de energía*" de Planck, múltiplos de una cantidad constante de energía, el "quantum"; energía que se acumula y desprende en forma discontinua, por "saltos bruscos" o "choques".

A la línea de continuidad, en la concepción de Newton, se opone hoy día en la explicación de muchos fenómenos, una onda de oscilaciones variables, discontinua. Esta nueva concepción de Planck, que ha ido ganando terreno entre los más avanzados físicos, que lleva la Física hacia la "Física cuántica", remueve todo el fundamento hasta ahora considerado tan sólido, de los fenómenos de causalidad en el Universo.

Igualmente, al penetrar la ciencia, obligadamente por su gran avance, en el campo de la filosofía natural, llega a identificarse con ella al converger a las mismas metas perseguidas por la filosofía, esto es, fundiendo fenómenos parcelares hacia la unidad; como sucede al lograr dilucidar la identidad o compenetración de fenómenos que se consideraban diversos, aunque a veces asociados. Recordemos a este respecto algunos ejemplos claros: la concepción actual unificada de

materia y energía, aspectos diversos de un mismo fenómeno, la energía intraatómica en distintos grados de concentración; las recientes adquisiciones mediante la microscopía electrónica y avances de la química aunadas; estructura, función y quimismo, una misma cosa, unificadas en las infraestructuras constituidas por macromoléculas, las llamadas “macromoléculas morfogenéticas”, por el hecho de generar estructuras o formas al agruparse granular, filamentosa o laminarmente; a las que llamaría yo “macromoléculas morfofisiogenéticas”, por cuanto de su agrupación e intercambio depende no sólo la estructura, la forma, sino también la función misma específica de estas estructuras. Admirables unificaciones hacia la gran verdad unificada de lo existente, y no lo suficientemente enfatizadas y ensalzadas como lo merecen científica y filosóficamente hablando.

La filosofía, efectivamente, aspira llegar a *la Verdad universal*, a la unificación de los conocimientos parcelares de las diversas ciencias; parcelación obra de la mente humana, no del Universo. Pretende la filosofía ir más allá de estas conquistas científicas proyectando sus más legítimas posibilidades: es, como lo decía José Ingenieros, “la experiencia del mañana, la ciencia prospectiva del futuro”; ascendiendo hacia la cúspide de las grandes inducciones, va a los *primeros principios*.

Pero se abre aquí un nuevo panorama de una enorme trascendencia espiritual en toda la humanidad. Es en este punto, en este preciso momento, aún para el mismo pensamiento científico-filosófico, cuando se presenta una tendencia a volver a los sentimientos más profundos y arraigados, al enfrentar las grandes incógnitas de los “primeros principios”, a la primera causa: ¡a la Gran Incógnita!; superponiendo a la razón, al intelecto, estos sentimientos. Es el punto crítico donde se bifurca el camino: *Ciencia-Filosofía* por una parte y *Religión* por la otra: la *tercera face o territorio de la Verdad*; y los pensadores y científicos mismos se inclinan forzosamente a uno u otro de estos senderos para apagar sus inquietudes espirituales.

¿Qué motivo, qué factores juegan en esta inclinación, en esta disyuntiva? Desde luego, nada tiene que ver el grado de cultura, como se comprueba al revisar el vasto campo social, incluso, el de los intelectuales y científicos. A mi entender, se trata únicamente de dos

posiciones anímicas derivadas del substrato psíquico de cada cual, de su "temperamento".

Para unos, estos interrogantes, que apasionan tan hondamente el espíritu, que se refieren a las primeras causas o a *la causa primera*, pueden resolverse o es posible su solución al través de los tiempos, con el pensamiento científico y filosófico y la investigación; con la razón y el pensamiento organizado y perfectible de la humanidad; no importa en cuántos años o siglos: Verdad universal, relativa hoy, pero en constante avance e integración: son los científicos puros, que marchan con el pendón de la Verdad científica. Pero hay también un sinnúmero de científicos, y muchos de gran talla, que abocados al problema, el más arduo en sí, toman como investigadores la misma ruta científica, con el método científico como arma, pero profunda y respetablemente religiosos, dejan su credo religioso al margen del trabajo científico en el proceso de investigación, para, en cambio, considerar sus resultados y la ciencia misma como una necesidad espiritual para acercarse cada vez más al conocimiento de la grandeza de Dios, sublimizado, y su creación. Para ellos, efectivamente, cada nueva y segura interpretación de los fenómenos universales, cada nuevo descubrimiento, es un paso más que los acerca a la Verdad, a Dios. ¡Qué respetable y elevada posición espiritual de estos hombres, entre ellos el gran Pasteur! Para otros, la gran mayoría, no siendo hasta ahora capaz la razón de dar una respuesta categórica o satisfactoria a estos interrogantes y no poseyendo las armas de la ciencia ni la preparación intelectual suficiente, acuden de inmediato y en forma exclusiva a sus sentimientos, en su grande y explicable impaciencia y temor del más allá; y se dan una respuesta apriorística, extranatural; acuden de lleno a la Religión, la otra verdad, que para dar satisfacción a estos sentimientos, sin que surjan nuevos interrogantes que perturben la tranquilidad así obtenida, colocan como fundamento *su Verdad absoluta*.

¿Cuál es la exactitud de esta Verdad? Sin duda se trata de un magno problema que atañe a lo más profundo de los sentimientos y conciencia de cada cual, de aquellos sentimientos que llegan a constituir parte de la esencia del ser... y por lo tanto merecen el más profundo y reverente respeto. Analizar estos sentimientos, introdu-

cirse en ellos hurgando en conciencias ajenas, sería no sólo imprudente y atrevido, sino también grotesco y de mal gusto.

Pero colocados frente a todos mis amigos, sabiéndolos de un alto espíritu de comprensión y su corolario obligado, la tolerancia hacia las ideas de cada cual, me permito la libertad de expresarles *mi credo* relativo al Universo, frente a todos sus complejos fenómenos y sus posibles causas; incluida la propia humanidad y sus afanes tras la Verdad:

Creo en la potencia del pensamiento humano, con su penetración, al través del tiempo y del espacio,

Creo en la Ciencia, una de las manifestaciones más asombrosas de ese pensamiento, perfectible en sus verdades relativas pero en constante integración, por el avance de sus metódicas, entregando a la comunidad sus descubrimientos para ser aplicados en la solución de sus problemas. Me refiero a la Ciencia desinteresada, que no tiene otro fin supremo que la Verdad, anatematizados los pseudocientistas y los usurpadores de sus descubrimientos, que mal usándolos van tras la hegemonía de grupos o clanes, hasta naciones, aun a costa de la vida de sus semejantes: el hombre-lobo tras sus hermanos hombres; como corolario, creo en la urgente necesidad de un nuevo orden de cosas, de agrupación de verdaderos científicos de alta moral social, de grupos sociales que imitando a Cristo, arrojen a estos mercaderes y usurpadores del Templo sagrado de la Ciencia;

Creo en una Universidad donde campea el libre pensamiento, liberada de prejuicios y no comprometida sino con la Verdad, cuya búsqueda es su supremo objetivo; una Universidad verdadero centro de esta Ciencia, junto al cultivo superior del Arte; Universidad faro de la Cultura; Universidad formada de valores reales y no de allegados o improvisados; y forjadora de mentes libres abocadas al progreso y a la elevación cultural y espiritual de sus semejantes;

Creo en la eficacia del determinismo causal como arma poderosa en el desentrañamiento de las incógnitas que nos encierra el Universo;

Creo en una Potencia Superior predeterminista, o más bien, supradeterminista, que dirige los determinantes de los fenómenos hacia una finalidad armónica de equilibrio de estos fenómenos en todo el Universo: una teleología predeterminista;

Creo en la bondad innata del ser humano, aunque se opaque en algunos períodos históricos; bondad gestada principalmente por veinte siglos de cristianismo, que ha infiltrado por lo menos a toda la cultura occidental de una idiosincrasia propia, que ha traído como fruto lo más sublime en el ser humano: el respeto al hombre, por ser hombre; base de toda la ética social o comportamiento del ser humano en su respectiva sociedad: base de toda la legislación occidental tendiente a asegurar ese respeto;

Creo, a base de estos postulados, *en un futuro mejor de la humanidad*, en que se aprecie y respete como don superior la Vida, en todas sus manifestaciones sanas; poniendo al servicio del hombre los beneficios de los adelantos portentosos de la ciencia, dándole los medios adecuados para su creciente cultura, que le permitirá adquirir conciencia de *su responsabilidad*, al llegar así a conocer su propio valor como hombre y su significado superior dentro del Universo y su papel integrante dentro de la sociedad en que vive; así se alcanzará esa vida plena, que la haga fuente de sana felicidad;

Creo en la juventud, en la nueva generación que se está gestando, en esa potencia del mañana, que depurada de engañosas y envenenadas falacias y empapada de estos ideales, será palanca poderosa para alcanzar esta meta.

Es esta mi posición actual ante la Verdad integral que anhelamos todos, hacia la esencia causal, hacia los "Primeros principios", de las cosas, convergiendo hacia una humanidad mejor, en continuo perfeccionamiento. Pero traspasando los ámbitos de lo humano, y por encima de ello, ¿cómo aunar espiritualmente estas orientaciones científico-filosóficas que dirige la razón, con aquellas concepciones tan respetables de religiosidad, que atañen más que a la razón fría, a los sentimientos superiores?

Permítaseme en este delicado terreno una nueva confesión, más bien una aspiración de mi parte. En efecto, ciencia-filosofía en su concepción más pura, y sentido religioso, también en su más pura y sincera acepción, ¿no son acaso vibraciones, nobles vibraciones, de nuestro propio ser, de nuestro propio espíritu, tras las ansias de la Verdad? ¿No podrá llegar un tiempo en que ambas vibren al unísono y comprendamos que estas vibraciones nuestras son causadas por

aquella Potencia Superior pre —o supra— determinista que dirigiendo los determinantes condiciona nuestra vida orgánica y psíquica y la armonía y el equilibrio maravilloso de todo el Universo en que vivimos, haciéndonos elevar un canto de gloria a su grandiosa belleza?

Por otra parte, qué suerte que persistan estos supremos interrogantes que se ciernen sobre nosotros, ya que nos hacen meditar respecto a nuestra pequeñez y lo absurdo de la prepotencia del egocentrismo y antropomorfismo hasta para lo divino; y en especial, si estos supremos interrogantes excitando continuamente nuestro espíritu como un desafío, o más bien, en forma estimulante de Ideales, nos incitan a cada momento a abandonar las cosas a ras de tierra y anhelando paz y serenidad para nuestro espíritu, nos hacen levantar la vista para mirar a las Alturas, ... ¡soñando que nuestro intelecto pueda llegar algún día a ellas y recibir la Gran Verdad!; ansias de esa Gran Verdad que satisfaga nuestro espíritu e ilumine nuestra propia innata religiosidad que anida en todo ser humano; que si bien puede llegar a *dudar*, no le permite *negar*. Son estas ansias de saber, de lograr resolver esta gran incógnita, esta Verdad primera la que conmueve profundamente aún y principalmente a grandes espíritus y que, por ejemplo, ha hecho exclamar a Unamuno, en su lenguaje tan personal: “¡Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad!”*.

Ya con la mirada hacia el Sol poniente, he tomado con paso firme y sereno y conformidad en mi espíritu, el último camino, el del descenso inexorable de la vida; vida que he amado intensamente en lo externo y en lo íntimo y familiar, con todas mis alegrías y todos mis profundos pesares; vida que, como mandato superior, he tomado no como una finalidad, sino como *un medio* para realizar y realizarme, para servir; y esta realización en continua renovación no tiene término, ya que este hacer es fundamental y obligatorio para mí, pretendiendo siempre un nuevo hacer, para justificar la vida. Con tanta razón ha expresado Ortega y Gasset**: “Si recapacitan ustedes un poco hallarán que eso que llaman su vida no es sino el afán de realizar

*Citado por Julián Marías: “Escuela de Madrid. Estudios de Filosofía española”.
Biblioteca de la Rev. de Occidente.

***Ibid.*

un determinado proyecto o programa de existencia. Y su "yo", el de cada cual, no es sino ese programa imaginario... He aquí la tremenda y sin par condición del ser humano, lo que hace de él algo único en el universo... Un ente cuyo ser consiste, no en lo que ya es, sino en lo que aún no es, un ser que consiste en aún no ser. En este sentido, el hombre no es una cosa, sino una pretensión, la pretensión de ser esto o lo otro". Para ello, por mi parte, no he omitido esfuerzo en esta obligada trayectoria, para ampliar los horizontes y para adquirir las condiciones para esa labor ejecutoria. He puesto en ello todo el afán y entusiasmo, todo lo que he podido exprimir de mi propio ser, especialmente en mi inclinación innata a la docencia, a la comunicación espiritual; dando lo poco de mi saber conseguido al través de la experiencia de los años; labor que ya cumple 64 años y que aún me atrae y me dinamiza como un "visa-a-tergo". Más que conocimientos, siempre muy limitados, he tratado de inculcar la metódica científica, el pensar y razonar correctamente, para volorar y jerarquizar los fenómenos, despertando al autodidacta, que sabrá labrar su propio camino; he pretendido formar en mis alumnos en las Facultades en que me ha tocado actuar, y muy en especial en mis discípulos, mis hijos espirituales, la mente, el espíritu, la personalidad universitaria integral, que lleva siempre miras superiores; al través de las cuales se van creando y cultivando también lazos afectivos imperecederos. Si la primera labor pedagógica, referente a los conocimientos, pudo haber sido muy modesta, aunque con miras de orientación, creo, sí, que mis segundas intenciones, creadoras de estos lazos afectivos, han sido fructíferas, como lo demuestra el hecho *feliz de* encontrarnos aquí.